

FRIGYES KARINTHY
VIAJE ALREDEDOR
DE MI CRÁNEO

colección rara avis



TUSQUETS
EDITORES

FRIGYES KARINTHY
VIAJE ALREDEDOR
DE MI CRÁNEO

Adaptación de Juan Forn
de la traducción del húngaro
por F. Oliver Brachfeld

TUSQUETS
EDITORES

Prólogo

En 1948, mientras esperaba con las valijas hechas el permiso para irse de Hungría para siempre, Sándor Marai se pasaba las horas en un sótano de la Biblioteca Pública de Budapest, leyendo diarios viejos que aguardaban la hora de ir al fuego. «Como buscan el agua subterránea los animales y las plantas en épocas de sequía, así buscaba yo, en las crónicas de poetas perdidos en las tabernas y redacciones, aquello que me quería llevar de mi país». Siempre quise saber quiénes eran esos autores de los cuales Marai se nutría y despedía en secreto en aquel subsuelo. Descubrí a uno de ellos gracias a la generosidad de un librero que me regaló un viejo y desvencijado ejemplar de *Viaje alrededor de mi cráneo*, de Frigyes Karinthy.

Frigyes es la manera húngara de decir Federico, pero a Karinthy todo el mundo lo conocía por Fritzi o Frik. No había autor más popular en Budapest en los años 20 y 30: escribía tres columnas semanales, divertía y se divertía por igual, de todo sabía y de todo opinaba: pregonaba el esperanto aunque se negaba a aprender una sola palabra en ese idioma; era capaz de escribir un gran poema y convertirlo después en copla publicitaria para un aviso de pasta de dientes; fue el inventor de la famosa teoría de los seis grados de separación con su

cuento «Cadenas» (en el que sostenía que no había persona en el mundo a más de seis amistades de distancia de él) e igualmente famosa era su perpetua precariedad económica. Un día, en el Café Central, Karinthy estaba haciendo un crucigrama y delineando mentalmente una de sus parodias teatrales cuando oyó ruido de locomotoras. «En Budapest ya no hay tranvías y la estación de tren está lejos, ¿qué es esto?».

Como la trepidación ferroviaria cesó a los pocos minutos, Karinthy siguió con su vida cotidiana. Pero la tarde siguiente, a su paso por el Café Central, notó que las figuras ondulaban en el gran espejo de la sala, y cuando llevó a su hijo a la escuela este le dijo: «¿Por qué te desvías a la derecha todo el tiempo?». Y por la noche recibió una carta de su esposa Aranka que decía: «¿Y a ti qué te pasa? Has cambiado tu caligrafía, no puedo descifrar tu letra».

Lo que le pasaba a Karinthy era que tenía un tumor cerebral, en una época en que el ochenta por ciento de los tumores en el cerebro eran mortales. Eso que inicialmente sólo parecía una molestia en el oído o una vulgar presbicia en los ojos («Es sólo una intoxicación de nicotina y vida de café, no debes confundir enfermedad con malas costumbres»), va mutando en algo inconfesable para los médicos amigos de Karinthy, hasta que el eminente neurólogo Otto Pötzl le confirma en Viena lo que nadie se atreve a decirle en Budapest: que si no se opera en forma urgente va a quedar ciego, y que ese será sólo el primero de los terribles síntomas que le esperan.

La única persona en toda Europa capacitada para salvarlo es un cirujano sueco, el profesor Herbert Oli-

vecrona, quien lo espera con el quirófano listo en su clínica de Estocolmo. Por haber estudiado en su juventud un año de Medicina, Karinthy cree que Olivecrona debe tratarlo como un igual. A la vez, no puede con su genio y se ofende cuando nadie a su alrededor valora sus chistes, su necesidad de inyectar humor al pánico que lo carcome. Todo esto es relatado en tiempo real porque Karinthy ha comenzado a contar en su columna semanal lo que le sucede desde que oyó por primera vez los trenes fantasmas. Sus amigos inician una colecta para pagar viaje y operación: sobres anónimos con billetes arrugados llegan desde todos los rincones de Hungría. Los lectores siguen paso a paso el trayecto del coche cama que parte rumbo a Viena y cruza luego Alemania rumbo a Escandinavia. Aranka, la esposa médica de Karinthy, es la encargada de tomar al dictado el folletín de su marido y repetirlo después por teléfono al diario de Budapest. «No van a dormirte durante la operación porque eso aumenta los riesgos. Pero no temas, el cerebro no siente dolor», le dice. «Ojalá doliera», nos dice él, acostado boca abajo en el quirófano mientras oye sordos ruidos en la parte trasera de su cráneo. «Porque si doliera significaría que estoy vivo. Esto no es natural, no es normal, es casi de mala educación».

Karinthy narra los hechos de manera extraordinaria: es testigo, víctima y narrador de lo que le va sucediendo. Utiliza primero todas las argucias posibles para negar la gravedad de su caso y luego se abisma en él para que su testimonio llegue lo más hondo posible. Meticuloso y alucinatorio, burlón y emocionante, egocéntrico y universal, su libro es simultáneamente una novela de intri-

ga y un caso clínico, un viaje al fondo del miedo y una bitácora de la resistencia, el chisporroteo de un espíritu brillante y el anticipo del derrumbe del humanismo que Europa padecería poco después.

Luego del éxito de la operación, cuando el paciente se reponía, una comitiva de amigos de Karinthy que había ido a Estocolmo entró en la habitación, rodeó a Olivecrona y comenzó a hacerle reverencias: «En nombre de Hungría, gracias». El cirujano se volvió hacia su paciente y le preguntó: «¿Quién diablos es usted en su tierra?». Sándor Marai podría habérselo explicado. No es casualidad que *Viaje alrededor de mi cráneo* fuera admirado por dos escritores tan disímiles como Marai y Oliver Sacks. En el prólogo a la más reciente edición en inglés (de la prestigiosa *New York Review of Books*), el gran neurólogo-escritor cuenta que descubrió *Viaje alrededor de mi cráneo* cuando era estudiante secundario en el Londres de posguerra, en una ajada edición popular de divulgación comprada a precio de saldo, y que por ese libro decidió a los quince años que dedicaría su vida al estudio del cerebro, y cuando se puso a escribir lo tomó de modelo porque, a ochenta años de su publicación original, sigue siendo el mejor relato autobiográfico que existe de un viaje al interior del cerebro humano.

Frigyes Karinthy volvió a Budapest luego de la operación, publicó su libro, retomó su gozosa rutina y, dos años más tarde, de vacaciones, cayó muerto de golpe mientras se ataba los cordones de sus zapatos, a pocos meses de que Hitler invadiera Polonia y empezara la Segunda Guerra Mundial.

JUAN FORN

VIAJE ALREDEDOR
DE MI CRÁNEO

LOS TRENES INVISIBLES

En el mes de marzo de este año —el día 10, para más precisión—, estaba una tarde en el Café Central de Budapest, ocupando mi mesa habitual cerca de una ventana desde la que se ve de un lado la Biblioteca de la Universidad y del otro un Banco sólo identificable por una placa que dice CASA MATRIZ. Siempre que veo esa placa pienso en el transeúnte que interprete mal la inscripción y confunda la entidad bancaria con una institución benéfica que prepara muchachas para el sagrado deber de la maternidad. No es mi caso: desde que perdí a mi madre a los seis años, la vida, esa áspera madrastra, me enseñó a diferenciar los asuntos de dinero de la educación pública.

Si bien esta debería ser la preocupación número uno de todo escritor que se precie, mi cabeza estaba más ocupada en esos momentos por asuntos pecuniarios de orden privado. Como es bien sabido, en un escritor pueden coincidir enfoques opuestos simultáneamente. Lo diré más claro: aquella tarde estaba tratando de decidir qué debía escribir antes, si un fundamental ensayo sobre el papel del hombre moderno en la sociedad, o mi largamente proyectada comedia en tres actos. Al final ganó la comedia, pues me permitiría vivir el tiempo

necesario para escribir el ensayo, o por lo menos el que necesitaría si quería escribirlo con más cuidado que el que se aplica a las comedias teatrales.

Una vez tomada esta decisión, dejé escapar un suspiro de alivio. Por supuesto, también una comedia requiere preparativos: conversaciones con el director, ir a ver alguna que otra obra que se esté representando con éxito, ponerse al tanto de los proyectos ya existentes para la temporada en curso, y tal vez hasta consultar actores. Ya era hora, además, de que retomara mi carrera teatral; en cualquier momento sería demasiado tarde. Estuve a punto de telefonar a D, cuando me acordé de que Pirandello no había empezado a escribir sus mejores obras hasta los cincuenta y seis años. Anulé inmediatamente la comunicación telefónica que acababa de encargarse al camarero. Hasta los cincuenta y seis me quedaba tiempo de sobra para resolver el crucigrama que había empezado entretanto.

Debo confesar que, desde hace años, descifro cada semana el crucigrama que aparece en la última página de mi periódico. Es mi manera favorita de pensar. Tengo la obsesión de que, si una vez me olvido por casualidad de hacerlo, no tendré suerte en toda la semana. El asunto me suele causar no pocas contrariedades, porque el artífice de esos engendros (a quien no tengo el gusto de conocer) suele intercalar en sus crucigramas un aforismo en vertical y otro en horizontal, bajo el título «Conocido Refrán Húngaro». Sin duda se debe tratar de refranes no sólo excelentes sino incluso muy magiares, pero pa-

decen de un defecto, a saber: que no existen ni han existido. Me parece que el redactor en cuestión los inventa él mismo y los atribuye luego al vulgo por pura modestia, o por una especie de coquetería. Imaginen la tarea de reconstruir en un crucigrama refranes inexistentes con las mitad de las letras faltantes. Muchas veces he pensado escribir al periódico pidiendo explicaciones o directamente insultar al fulano en público.

Es probable que estuviera pensando precisamente en eso aquella tarde, porque recuerdo que estaba muy excitado. No quiero culpar de mi mal a ese distinguido colega de la prensa (más adelante se verá que era de fecha más remota), pero lo cierto es que estaba furioso por el esfuerzo mental que me estaba costando reconstruir el supuesto refrán. En ese mismísimo momento empezaron a partir los trenes. Con una exactitud ferroviaria, a las siete y diez minutos.

Levanté la cabeza extrañado. ¿Qué había sido eso?

Era el inconfundible gruñido de esfuerzo cuando las ruedas de una locomotora se ponen en movimiento de a poco, y empiezan a chirriar, y los vagones van pasando lentos a nuestro lado, con una trepidación que va disminuyendo a medida que el tren adquiere velocidad y se aleja.

Tal vez habría sido el motor de un camión. Volví al misterioso refrán del crucigrama. Pero un minuto después, salió el segundo tren, con la misma trepidación y estridencia. Giré nerviosamente la cabeza hacia la calle. ¿Desde cuándo pasaban trenes por ahí? ¿O era que estaban probando algún vehículo nuevo? El último tren que vi por las calles de Budapest fue cuando tenía siete

años: era un tren de vapor que pasaba por la calle Barross, donde vivíamos en aquella época. Desde entonces, sólo existían tranvías eléctricos, y el más próximo pasaba bastante lejos, por la calle Egyetem. Miré por la ventana: tan sólo circulaban unos cuantos automóviles y los peatones habituales. Volví al crucigrama pero levanté bruscamente la cabeza tres veces más: recién con el sexto tren, me di cuenta de que estaba alucinando.

Nunca en mi vida había tenido alucinaciones, pero me había ocurrido a menudo desde mi infancia que, al estar tranquilamente en casa, o al ir caminando por las calles, oía a veces pronunciar mi nombre, en una voz muy débil, casi imperceptible, como una advertencia, o como si me dirigiese la palabra algún pariente muy tímido y muy pobre que no se atrevía a levantar la voz. En ciertos momentos estaba punto de reconocer esa voz, de identificarla, pero nunca llegaba a hacerlo: debía ser alguna voz olvidada de la infancia, de alguien que ya había muerto, o quizá fuera la de un pariente lejano que se había escondido de la familia y ahora quería comunicarme algo, sin más aplazamiento y sin éxito.

Al principio solía mirar atrás y a los costados, y al darme cuenta de que mi oído me engañaba, dejaba de preocuparme y continuaba mi camino. Incluso experimentaba cierto agrado al escuchar aquella misteriosa voz. Pero esta vez se trataba de algo muy distinto. El ruido era imperioso, encarnizado, una trepidación tan sonora que opacaba los pequeños ruidos de la vida real:

el camarero me estaba diciendo algo que yo no lograba escuchar, mientras buscaba en vano la fuente del ruido.

«Deben venir de afuera. Si no vienen de afuera...», me dije a mí mismo. Puesto que no experimentaba ningún otro síntoma, no me asusté en lo más mínimo; sólo encontré el fenómeno de lo más extraño. Y me dije que no había perdido la cabeza, no estaba alucinando, porque en ese caso sería incapaz de pensar que se trataba de alucinaciones. El problema era otro.